

Brillando como el acero
 El zic-zag de su mirada,
 Cón la cabeza herizada
 Y el respirar hondo y fiero;
 Pausado, altivo, severo,
 Sintiendo hervir la conciencia
 Se ausentó, con la vehemencia
 Del fuego al soplar la brisa,
 Y aquella horrible sonrisa
 Que es el llanto en la demencia.

Fria y enclavada á la par,
 Cual hacha en la encina ruda,
 Idiota, insencible y muda,
 Quedó Isabel, sin pensar.
 Pasó una hora secular
 Que dió en el gran minarete,
 Cuando llegó al gabinete
 Un lacayo que altanero,
 Calado el ancho sombrero,
 A Isabel le dijo: ¡Vete.....!

Canto Tercero.

Sicut igne probatur Argenti-
 tum, et aurum camino: ita cor-
 da probat Dominus.

Prov. XVII.—3.

I.

Noche como el dolor negra y profunda,
 Imágen del caos..... ya parecia
 En la borrasca que rugia iracunda
 Para siempre apagado el sol del dia;
 La lluvia torrencial el suelo inunda,
 Deshoja el huracan la selva umbria,
 Y miles de relámpagos fogosos
 Argietan los espacios tenebrosos.

Se turba y gime el ánima affigida
 En esas noches de terror profundo
 En que cual gota en el caos perdida
 Rueda la masa lóbrega del mundo.
 Perdemos la conciencia de la vida
 Al circuirnos la nada, y furibundo
 El pecado que es llanto y es tiniebla
 El alma oscura de fantasmas puebla.

Desierta la ciudad, en sus sagradas
Torres rebraman los turbiones rudos,
Y parecen sus calles dilatadas
Anchas hileras de sepulcros mudos.
Se yerguen en sus plazas desoladas,
Como espetros los álamos desnudos,
En cuyos troncos viejos y quemados
Se ahorcaba á los herejes y malvados.

¡No hay para el sér terror como la nada!
En esa noche el mundo parecia
Lleno de la pavora que anonada
Ante el juicio de Dios al alma impía.
Se refugió el reptil en su morada,
Medroza el ave en la arboleda fria,
El insecto en la hiedra de la palma
El tigre en el peñon, en Dios el alma.

II.

Por el rincon más oscuro
De una calle y más fangoso,
Se vé un bulto tenebroso
Siguiendo á oscuras el muro.
Casi lanzaba un conjuro
El alma de espanto yerta,
Aunque á la ráfaga incierta
Del rayo podiase ver,
Que aquello era una mujer
De harapos negros cubierta.

Avanzaba torpemente,
Palpando con ambas manos

Los objetos mas cercanos,
Para no dar con la frente.
Extraviada é inconsciente
Volviase, avanzaba luego
Murmurando amargo ruego,
Tan extraviada y perdida
Cual la idea de la vida
En el cerebro de un ciego.

¿Quién era aquel pobre ser,
Aquel fantasma medroso,
Aquel bulto tenebroso,
Aquella infeliz mujer?
¿Quién en ella podria ver
A la divina criatura,
Idolo de la ventura,
A aquella reina y echizo
Del celestial paraíso
Que se alzaba en la espesura?

¿Que negra deidad infiel
Pudo cambiar en un dia
En esta horrorosa harpia
A la divina Isabel?
¿Fué aquella *parca* cruel,
Aquel *hado* furibundo?
No, Dios que sabio y profundo
Corona su excelsitud,
Cuando ciñe á la virtud
Con los cilicios del mundo.

Cuando llegó á la ciudad,

Al punto sintió doquiera
 La mordedura de fiera
 De la impune sociedad.
 Todo el mundo sin piedad
 Con mil lenguas repetía
 Lo que la carta decía,
 Que de su virtud en mengua
 Hasta el aire tenía lengua
 Y el mudo hablaba y oía.

Ni manjar incitador
 Ni dulce néctar había,
 Si á la mesa no venía
 Cual mejor postre su honor
 ¡Ah mundo desgarrador,
 No hay pecado que no enzanche
 Tu lengua, ó que al bien no enganche;
 Que por más viles que fueren
 Si hay bívoras que no hieren,
 No hay perverso que no manche.

Cuando al fin del ataúd
 De aquella muerte civil
 El mundo impávido y vil
 La arrojó con acritud,
 Se refugió en su virtud
 Que es paz, grandeza y consuelo
 De la mujer sobre el suelo,
 Porque Dios quiso poner
 En el mar y en la mujer
 La eterna imágen del cielo.

Y bajaba silenciosa
 Con inaudito heroísmo
 Al incomparable abismo
 De la miseria espantosa;
 Porque llamaba afanosa
 Al trabajo día tras día,
 Pero ¡ay! inútil porfía
 Que lágrimas le arrancaba,
 Pues mientras más lo llamaba,
 Menos y menos venía.

¡“Trabaja!” dice inhumano
 El poderoso al que gime.
 “Cualquier trabajo redime,
 Trabajar está en tus mano.”
 Porque este mundo pagano,
 Con el paganismo doble
 De la hipocresía innoble,
 Exige con necio ultraje
 Que cual villano trabaje
 Aquel que ha vivido noble.

Decid que en la humanidad
 Se agotó el bien desde el día
 En que la filantropía
 Reemplazó á la caridad:
 Mas no exijais sin piedad,
 Con aquel acento grave
 De quien de abrojos no sabe,
 Para aturdir nuestra queja,
 Que tire arados la abeja
 O labre surcos el ave

.....

 Al fin del hambre tirano
 Angustiada, en su heroismo
 Esforzando su organismo
 Se dió al trabajo villano.
 Inútil ezfuerzo y vano;
 Su cuerpo lanquidecía,
 Con indecible porfia
 En trabajar se afanaba,
 Y mientras más trabajaba,
 Menos trabajar podia.

En medio de aquel suplicio,
 De aquellos rudos abrojos,
 Al volver doquier los ojos
 No encontraba mas que el vicio.
 ¡Oh, si! pródigo y propicio
 Enjambre de corruptores
 Le brindaba sus favores;
 Que el infierno se complace
 En el comercio que hace
 De las honras, por dolores.

Y cuanto imbécil devora
 Su honor allá en el estrado,
 A oscuras y enamorado
 La persigue hora por hora.
 Todo aquel de quien implora
 Un favor, la juzga ingrata
 Si su honra no le arrebatá,
 Porque es la filantropía

Como esa planta sombría
 Que al prestar su sombrá, mata.

No hay un viejo corruptor,
 O señor de horca y cuchillo,
 O charlatan, necio ó pillo
 Que no la asedie en su honor.
 Y hasta hubo algun seductor
 Que suya á voces la llama,
 Y refiere todo un drama;
 Porque en su soberbia son
 Esos necios cual leon,
 Que si no hace presa, brama.

En suma, siempre serenos,
 Pues que en su mision obraron,
 Los malos la abandonaron,
 La repudiaron los buenos;
 Los unos con sus venenos
 Los otros con su conciencia,
 Se alejaron sin clemencia,
 Y ella bajaba y bajaba
 A ese abismo que no acaba
 Ni en la tumba, la indigencia.

¡La miseria! ¡quien habló
 De valor y de tormento
 Si no la sufrió un momento?
 ¡Quien sus negruras pintó?
 Sábios, heroes deificó
 Con su fútil aplaudir
 El mundo, sin advertir

Que ni ante el hombre ni el cielo
Hay grandeza sobre el suelo
Como el valor del sufrir.

Allá en lejano arrabal,
En cuarto horrible é insano
Que más que un asilo humano
Era gruta de animal,
Este ser angelical
Nacer y morir el día
Ver agustiado solía,
Sin tener un pan siquiera,
Que á la hija de su alma diera
Cuando de hambre se moría.

De noche, salía á juntar,
Cuando todos se alejaban,
Los harapos que arrojaban
Al vecino muladar.
Iba orando sin cesar
Y de rodillas por ver
Los harapos que traer
Debía, que hubo noche oscura
En que entre tanta basura,
Ni uno logró recoger.

Aquella noche, María,
De hambre, de frío, de miedo,
De algo horrible que no puedo
Ni describir, se moría:
Por la techumbre caía
La lluvia, el viento que helaba

Por doquiera se filtraba,
Y en el caos del mendigo
No había pan, ni luz, ni abrigo
Para el ser que agonizaba.

Arrojábale el aliento
Por calentarla ¡Dios mío!
Y contra su seno frío,
La estrechaba en su tormento;
Cuando al fin llegó el momento
De esa atonía que sofoca,
Cuando palpando la boca
De la niña, no sintió
Ya el aliento, se arrojó
Sobre ella como una loca.

Ya sus párpados rasgaba
En su ansia febril de ver
En las tinieblas al ser
Que con vehemencia estrechaba.
Su rostro al suyo juntaba
Con esfuerzo y desvarío,
Para juzgar por el frío
De aquella faz dura y yerta,
Si estaba con vida ó muerta
La hija de su alma ¡Dios mío!

¡Ah! dijo, y dióse á buscar
A tientas por la bohardilla
Una olvidada cerrilla.....
¡Que dicha, con ella al dar!
Mas no la pudo frotar,

Que estaba empapado todo.
Halló al fin seco un recodo,
Pero el fósforo tocó
En una piedra y saltó
Sin encenderse, en el lodo.

Por entre el muro y el techo
Se escapó un grito angustiado,
Como si hubiera saltado
El corazón de su pecho.
Cuando al fin miró deshecho
Todo refugio, abrazó
A su hija, el dintel cruzó,
Y entre el turbion que sofoca,
A la calle, como loca,
Buscando amparo salió.

III.

Pasó un día y otro día
De aquel en que llegando al gabinete
Dijo el lacayo á su señora: "¡VETE!"
Volviendo de su loco desvarío,
Alberto poco á poco,
Si no entendió que obraba como un loco,
Sintió ese horrible frío
Del juez que en sus furioses imprudente
Condénó á un inocente.
Sentía en su corazón un cuerpo extraño
Que sin cesar crecía;
Sentía en su pensamiento
El horrible tormento

De algo que en su cerebro no cabía.
Su conciencia latía
Como abceso mortal, y ese latido
Por doquiera que fuese lo sentía;
Latido indefinible,
Pulsacion de las almas cuando sube
La fiebre insana de pasión terrible
Es que al pasar la convulsion bravía,
Como en la roca al manantial cercana,
Hay una gota interminable y fría
Que cae perenne en la conciencia humana.
Ademas, adoraba
Alla en el fondo de su pecho enfermo
Y á solas á su esposa, y observaba,
Cual suele suceder en estos casos,
Aunque de léjos, de Isabel los pasos.
En vano quiso ser indiferente.....
Quien finge serlo en la borrasca, miente.
Hacia el objeto del amor y la honra
Hay una gravedad, una corriente
Que nos arrastra irresistible y ciega;
¿Quien á vencerla en sus delirios llega?

Se ensimismaba Alberto,
Sin poder comprender en su locura
Que una mujer tan bella como impura,
Viviera abandonada
De ese enjambre voraz de corruptores
Que así cual las orugas, su destino
Es marchitar y devorar las flores.
Al teatro, tertulias y al paseo,
Y al baile y á la orgía

Iba por encontrarla, pero en vano,
Pues nunca la veía,

¡Dios tan solo juzgar pudiera al mundo!
Pues si es verdad que inmundo
Calumnia con sarcasmo y con malicia,
Siempre llega una hora
En que hace el mundo á la virtud justicia.
Noticia tras noticia.
De la virtud sin mancha de su esposa
A iluminar llegaban su conciencia;
Que es la virtud divina
Como el sol, si la niebla se interpone
Pasa al travéz su luz, de la neblina;

Mas la carta maldita
En claras letras de Isabel escrita;
Aquella sociedad impune y harta
De murmurar sin tregua en su presencia,
La horrible coincidencia
Del dicho de la gente y de la carta;
Y más, ese demonio indefinible
Que conciencia y criterio nos parece;
Esa semilla de calumnia horrible
Que aun más que en hojas en raíces crece;
Aquella quemadura
Indeleble del alma,
Causaban en Alberto la locura.

Al fin, dispuesto un día
A reventar el apretado nudo
De aquella inmensa red que lo envolvía,

Cediendo á los vehementes argumentos
Que su honor hacinaba uno tras otro,
Montó en su régio potro
Y partió más ligero que los vientos.

IV.

Cuando al perderse Alberto en la embos-
(cada.

Lanzó el doctor horrible carcajada,
De acuerdo con su negro pensamiento
Se deslizó, se evaporó al momento,
Y nadie habló más del, porque la vida
Afluyó en Isabel eual la corriente
Por compuerta insegura contenida.
Nadie en un año entero
Supo de aquel doctor el derrotero;
Que no hay asilo para el buitro, tiene
Listas las alas, se levanta, vuela,
Y do encuentra una presa se detiene.
Cual las almas gigantes,
Henchido de una cólera serena
Buscó Alberto al dolor, como se busca
Un grano de marmaja entre la arena.

Preguntaba, inquiría,
Sin ceder en su afán; mas supo á poco
¡Oh crueldad! que el doctor estaba loco.
El calor irritante de la orgía,
Como es verdugo del perverso el vicio,
Ya devorado su cerebro había.

¡Qué hacer en tal suplicio!
 La única y viva luz que le quedaba
 Para alumbrar su tenebrosa vía
 El infierno de un soplo la apagaba;
 Mas su deseo ardía
 Entre aquel huracán de su tormento
 Como arde la resina con el viento.
 Quiso ver al doctor pues no podía
 Su esperanza apagarse; acaso, acaso,
 No era el mismo aquel hombre
 Por más que si lo fuera por el nombre.
 Llegaba hasta el delirio su deseo
 Porque tiene en sus iras la venganza
 Cual ni el amor, ni la ambición, ni el dolo,
 Tu aliento infinito de esperanza.

.....

V.

Al presentarse Alberto,
 Sintió el vertigo horrible
 Del fascinado á orillas del abismo.
 ¡El doctor era el mismo!
 Cual león en su gruta ensangrentada
 Rugó las cejas, en Alberto fija,
 Lustrosa como el vidrio la mirada.
 Alberto veía oscuro, y entretanto
 Reconocerlo el loco parecía.....
 Y quedaronse viendo frente á frente
 En ese instante eterno que fascina,
 Una razón vecina á la locura
 Y una locura á la razón vecina.

Y ¡oh Dios, fuente y sendero
 De justicia y verdad sobre la tierra!
 Acometió al doctor ese delirio
 Que á la reacción sucede,
 Y, cual cómico diestro hacerlo puede,
 La escena de la carta repetía.
 Pintaba sus reñcores;
 Cual copiara, decía,
 Las letras de Isabel, como en su mano
 Deslizado el papel maldito había;
 Y hasta arrojaba traducida en grito
 Aquella carcajada
 Que arrojara con júbilo infinito
 Al eclipsarse Alberto en la emboscada.

VI.

¡Como pintar, Dios mío,
 El espanto de Alberto, su pavor,
 Su tormento á la par que su ventura,
 De su pecho el ardor, de su alma el frío?
 ¡Que pincel, ni que tinta bosquejara
 La luz que mira el ciego
 Al volver de su noche indefinida?
 ¡Que frase condensara,
 Del alma muerta, al despertar, la vida?

VII.

Cual las almas gigantes,
 Con la conciencia de terrores llena

Buscó Alberto á Isabel, como se busca
Un polvo de marmaja entre la arena.

VIII.

Cuando Isabel yerta y loca,
Entre aquel caos oscuro,
Siguiendo á tientas el muro
Amparo y socorro invoca;
Cuando el viento la sofoca
Y en su tortura infinita
Sintiendo la muerte grita,
A un caballero encontró
Y de hinojos le pidió
Una limosna bendita.

Y deciale con afan
Y voz convulsa y prolija:
"¡Se está muriendo mi hija:
Sin luz, ni abrigo, ni pan!
Todas las puertas están
Cerradas, ¡dadme, por Dios,
Una luz, ó venid vos!"
Y movido el caballero
A piedad, siguió un sendero
De aquella mujer en pos.

Avanzaba torpemente
Palpando con ambas manos
Los objetos más cercanos
Para no dar con la frente.....

Ella angustiada, él clemente
Traspusieron el dintel;
Ella delante, atrás él,
Y al hacer de pronto luz,
Exclamó Alberto "¡Jesus!"
"¡Jesus!" exclamó Isabel.

Terrible inefable escena.....!
Después del agudo grito,
Mirábanse de hito en hito,
El crispado, ella serena.
Cediendo al fin á esa pena
Que la lengua no describe
Porque solo la concibe
El inmenso amor Dios,
Viendo á la niña, los dos
Gritaron á un tiempo: "¡VIVE!"

IX.

Treinta años después, un día,
Noble y venturosa anciana
A cuya cabeza cana
Algo divino ceñía,
Bajo la encina sombría
De aquel dichoso verjel
Que el Atoyac baña, fiel
Esta historia y sus secretos
A sus hijos y sus nietos
Oí contar á Isabel.

LXIV

X.

¡Yirtud sublime y cristiana:
Tu sola tienes la llave
Que cerrar las puertas sabe
A la calumnia villana.
Tú quebrantas soberana
Su cabeza envilecida;
Que eres hechura querida
De aquel Redentor divino
Que dijo: "*Soy Yo el camino,
Y la verdad y la vida.*"

anzab
ando
obj

PQ7297

.S2

C3

40553

FEVT

AUTOR

SANCHEZ SANTOS, Trinidad

TITULO

La calumnia

DE VENTA:

En todas las librerías de la capital: Precio, 25 centavos.

En los Estados, 31 centavos, franco de porte.